



STEPHANIE
LAURENS

*La dama y
el misterio*

Montague ha dedicado su vida a gestionar el capital de la élite londinense, pero pagando un precio muy alto por ello: no poder disfrutar de una familia propia. Hasta que aparece en su vida la encantadora Violet Matchman, buscando su ayuda. Ante el enigma que le presenta, Montague encuentra un intrigante desafío tanto profesional como personal.

Violet, entregada dama de compañía de la anciana lady Halstead, acude a Montague para que su señora pueda estar segura de que tiene todos sus asuntos financieros en orden. Pero el famoso Montague no es en absoluto lo que ella esperaba. Se encuentra con un hombre decidido y cautivador, fuerte y comprensivo, todo lo que Violet necesita de un aliado, un papel que Montague reclama de inmediato.

Pero lady Halstead muere asesinada y Violet y Montague corren a descubrir a un asesino astuto y frío al que saben cada vez más cerca. ¿Descubrirán la impactante verdad demasiado tarde como para abrazar la oportunidad de un amor imperecedero?

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Sobre la autora

Prólogo

Octubre de 1837, Londres

–Me estoy muriendo y quiero hacer las cosas bien –Agatha, lady Halstead, apretó los labios con un gesto de determinación.

Violet Matcham, enderezándose tras haberle ahuecado las almohadas, posó una mano tranquilizadora sobre la frágil mano de su señora, que reposaba sobre el cubrecama.

–Tiene una salud perfecta y lo sabe. El médico lo dijo la semana pasada.

Era media mañana y había abierto las cortinas, permitiendo que la delicada luz del sol otoñal inundara el enorme dormitorio. Era una luz tenue, amable con la piel apergaminada y moteada de lady Halstead, con las hebras plateadas de su pelo ralo y con el velo que estaba apagando unos ojos otrora de un azul brillante.

–¡Y qué sabrá él! ¿Eh? –Lady Halstead le dirigió una mirada malhumorada y astuta a Violet–. Los jóvenes creen que lo saben todo. Pero soy muy vieja, querida Violet, y siento el frío de la muerte en mis huesos.

Se recostó contra los almohadones y alzó la mirada hacia el techo antes de continuar.

–Es algo que he oído contar a mucha gente. Yo pensaba que era pura imaginación, pero ahora entiendo a qué se referían, porque yo también lo siento.

Sin mover la cabeza, miró a Violet, giró la mano y se la apretó con debilidad durante un instante fugaz.

—La mayoría de mis amigos han muerto y hace ya casi una década que sir Hugo, Dios bendiga su alma, falleció. Ya estoy preparada para reunirme con él, pero antes debo hacer lo que me pidió.

Aceptando que no iba a servir de nada intentar animar a lady Halstead, que, por otra parte, parecía tan serena, compuesta y racional como siempre, Violet preguntó:

—¿Qué le pidió sir Hugo?

Violet había comenzado a trabajar como acompañante de su señora poco después de la muerte de sir Hugo, por lo tanto, jamás había conocido a aquel caballero, parangón de todas las virtudes, por lo que contaban. Pero había oído hablar tanto de él a lady Halstead que tenía la sensación de haberle conocido. Al menos, lo suficientemente bien como para poder formular aquella pregunta sin miedo a recibir una respuesta sin sentido. Y así se demostró.

—Mi apreciado sir Hugo me hizo prometer que, antes de llegar al final de mis días, me aseguraría de poner todos mis asuntos, tantos los personales como aquellos relacionados con nuestra herencia, en orden. Él se tomaba muy en serio ese tipo de cosas.

Y, pensó Violet, ella atesoraba su recuerdo, por eso le parecía tan importante hacer cumplir sus deseos. Su anterior señora, lady Ogilvie, también adoraba a su marido, ya fallecido.

Lady Halstead alzó la cabeza, se irguió en la cama y añadió con voz más fuerte:

—Así que, a pesar de mi actual estado de salud, sé que se acerca el momento y deseo asegurarme de que todo lo relacionado con mi testamento y con la herencia esté correctamente.

Sir Hugo había amasado su fortuna en la India y había sido nombrado caballero por los servicios prestados a la Corona en el subcontinente. Aquella era la razón de que

los Halstead habitaran aquel nebuloso estrato social de la alta burguesía y fueran, como solía decirse, bastante adinerados.

La casa de Lowndes Street así lo reflejaba; estaba en una zona muy respetable de un barrio pudiente. Hasta el dormitorio de lady Halstead, con aquella cama enorme y moderna, las cortinas de damasco, la tapicería y la colcha a juego y los muebles bien lustrados y de gran calidad, atestiguaba la categoría de la familia.

Aunque no conocía los detalles de la herencia de los Halstead, Violet tenía entendido que, tras la muerte de sir Hugo, todas sus pertenencias habían pasado a lady Halstead para que hiciera uso de ellas en vida; tras la muerte de lady Halstead, se dividirían de acuerdo con las provisiones del testamento de sir Hugo, que había decidido repartirlas en iguales proporciones entre sus cuatro hijos. De ahí que tanto su petición como el deseo de la señora Halstead tuvieran perfecto sentido.

Violet asintió.

–Muy bien, ¿qué quiere que haga?

Aunque todavía tenía la mente lúcida y era una mujer de una inteligencia asombrosa, lady Halstead era cada vez más frágil y pasaba gran parte de sus días encamada. Subir y bajar escaleras representaba un gran esfuerzo para ella que solo realizaba cuando lo juzgaba necesario. Violet era la encargada de llevar la casa de Lowndes Street, situada al sur de Lowndes Square. Como la casa solo la habitaban lady Halstead, Tilly, su criada, y la cocinera, no representaba un trabajo gravoso, sobre todo porque las cuatro se llevaban muy bien. Los años que Violet había pasado junto a lady Halstead habían sido tranquilos y sin complicaciones. Una existencia cómoda y amable, si bien un tanto aburrida.

Lady Halstead volvió a reclinarsse en la cama y suspiró.

–Es una lástima que Runcorn muriera el año pasado, así que supongo que deberemos recurrir a su hijo –un ce-

ño ensombreció el rostro de lady Halstead—. Pero todavía debo decidir si ese joven está en condiciones de ocuparse de mis asuntos.

El fallecido Arthur Runcorn se había ocupado de los asuntos legales de los Halstead durante muchos años. Violet solo había coincidido con su hijo, el señor Andrew Runcorn, en una ocasión, cuando este había ido a visitar a la señora Halstead para que le firmara un documento. Aunque debía de tener algunos años menos de los treinta y cuatro de Violet, esta se había formado una opinión favorable sobre el señor Runcorn. Le había parecido honesto, sincero y deseoso de complacer a su señora. Pero ella no era quién para juzgar si era o no capaz de manejar sus finanzas. Se acercó a la cómoda en la que guardaban la escribanía de lady Halstead, se inclinó y abrió el último cajón.

—¿Cuándo le gustaría verle?

—Mañana —cuando Violet se enderezó con la escribanía en las manos, lady Halstead asintió con gesto decidido—. Escríbele una nota y pídele que venga a verme mañana por la mañana. Debería traer una lista de todas las propiedades e inversiones que conforman la herencia. Dile que quiero revisarlo todo.

Violet llevó la escribanía a una mesita que había ante una butaca al otro lado de la cama. Después de colocar el papel, la tinta y la pluma, miró a su señora.

—¿Quiere dictarme?

Lady Halstead hizo un gesto con la mano, rechazando aquel ofrecimiento.

—No —curvó los labios en una sonrisa—. Tú sabes escribir mejor que yo.

Violet le devolvió la sonrisa, mojó la plumilla en la tinta y se puso a la tarea.

Lady Halstead llevaba cinco minutos frunciendo el ceño.

En el salón del piso de abajo, sentada en una butaca al lado de su señora, Violet se preguntaba qué problema habría en el informe que había elaborado Andrew Runcorn sobre el patrimonio de lady Halstead.

Aquel joven abogado había respondido de inmediato con una breve nota a la convocatoria que Violet había despachado el día anterior. Al día siguiente, se había presentado puntualmente a las once en punto de la mañana, tal y como se le había pedido. Era un hombre de complexión mediana, con el rostro redondo y aniñado, el pelo castaño y unos enormes ojos castaños que no había perdido ni un ápice de la entusiasta sinceridad que Violet recordaba del año anterior y, por lo menos a ella, el recitado de los detalles del patrimonio de lady Halstead le había parecido fiable, además de claro y conciso.

Violet pensaba que había hecho un gran trabajo y, en un principio, lady Halstead parecía estar de acuerdo y asentía mostrando su aprobación. Pero, después, su señora había pedido que le explicara la situación de sus finanzas, el estado de varios depósitos en diferentes fondos y de la cuenta que tenía en Grimshaws Bank.

Erguida en su butaca preferida y con el ceño fruncido, lady Halstead levantó una hoja de las cinco que tenía extendidas sobre el chal con el que cubría su regazo.

—El balance de mis cuentas no es correcto.

El joven Runcorn pareció sorprendido.

—¿Ah, no? —Lady Halstead le tendió la hoja, él la tomó, la revisó rápidamente y, tras dirigirle a Violet una mirada de soslayo un tanto tímida, dijo—: Ha sido confirmado por el banco, mi señora.

Lady Halstead profundizó su ceño.

—Me importa muy poco que cualquier empleado haya podido decir lo contrario —le hizo un gesto con la mano—. Vuelva al banco y pídale que lo comprueben como es debido.

Al detectar el tono quejumbroso en la voz de la dama, que indicaba que estaba verdaderamente afectada por lo ocurrido, Violet alargó la mano y la posó sobre la de su señora, que jugueteaba nerviosa con el chal.

–¿Todo lo demás está como esperaba?

–Sí, sí –detuvo la mano bajo la de Violet, frunció el ceño ligeramente y se inclinó para decirle a Runcorn–: Ha sido usted muy preciso. No encuentro defecto alguno en ningún otro aspecto, pero el balance del banco no es correcto.

–¿Podría quizá volver a comprobarlo con el banco? –sugirió Violet, captando la mirada del abogado.

Runcorn comprendió el mensaje. Teniendo cuenta el volumen del patrimonio de aquella familia, comprobar un extracto bancario era un problema menor.

–Sí, por supuesto. No hay ningún problema –alargó la mano hacia su cartera y guardó el documento–. Ahora mismo iré al banco.

Era la respuesta ideal. Lady Halstead se tranquilizó y asintió gentilmente.

–Gracias, joven.

Con la ayuda de Violet, Runcorn reunió toda la documentación que había llevado y se despidió con la debida corrección.

Violet, compadeciéndose de él, le acompañó a la puerta.

Para su sorpresa, cuando regresó tras haber visto marchar a Runcorn, lady Halstead parecía haberse olvidado del banco. Violet tuvo la impresión de que estaba convencida de que, en cuanto el joven cuestionara la información del banco, recibiría un extracto revisado acorde a lo que ella esperaba.

De ahí que, cuando Runcorn regresó a las tres en punto del día siguiente con la noticia de que el banco insistía

en que el primer balance era correcto, para Violet fuera una sorpresa.

Lady Halstead, que había bajado a almorzar, estaba de nuevo sentada en su butaca preferida del cuarto de estar. Al oír la noticia en boca de Runcorn, su expresión fue extrañamente circunspecta.

–Pues me parece... de lo más interesante.

Runcorn se precipitó a añadir:

–Mi señora, le aseguro que... nosotros, me refiero a nuestra firma, Runcorn & Son, no hemos tocado la cuenta. El banco se lo confirmará. Aparte de solicitar los estadillos de vez en cuando, como nos corresponde al ser sus representantes, jamás hemos sacado un solo penique, se lo juro...

–¡Jovencito! –Lady Halstead se dirigió a él con la autoridad de una madre. El pánico de Runcorn la había hecho salir de su ensimismamiento–. Tranquilícese y tome asiento. No tengo la menor sospecha sobre su honestidad. No he pensado ni por un momento que Runcorn & Son me haya robado. Ese no es el problema, señor.

Runcorn se sentó en el borde de la butaca parpadeando.

–¿Ah, no?

–Por supuesto que no. El problema con ese balance bancario es que hay demasiado dinero, una cantidad significativamente superior, no es que haya menos. Alguien ha ingresado ese dinero en la cuenta, entiendo que por alguna razón, pero no tengo la menor idea de quién puede haber sido.

–¡Ah! –Más que mostrar su desconcierto, el rostro de Runcorn se iluminó de alivio–. Se tratará de una inversión hecha hace mucho tiempo que ha obtenido dividendos recientemente. Es algo que sucede con cierta frecuencia. Sir Hugo puede haber comprado participaciones veinte años atrás y es ahora cuando está reportando beneficios – tomó su maletín, se levantó e inclinó la cabeza con su ju-

venil rostro irradiando su entusiasta franqueza—. Puedo asegurarle que revisaré la cuenta, identificaré ese pago inesperado e investigaré su origen.

—Um —lady Halstead frunció el ceño otra vez—. Es posible que haya habido algún error, que algún empleado del banco se haya equivocado de cuenta.

Runcorn inclinó la cabeza.

—Sí, es posible, pero, teniendo en cuenta el enorme abanico de inversiones de sir Hugo, sospecho que la primera posibilidad es la más acertada. Aun así, analizaré la cuenta, haré las indagaciones precisas y le informaré en cuanto haya identificado la fuente de esos ingresos inesperados.

La expresión de lady Halstead sugería que no estaba tan convencida como Runcorn de que fuera a ser capaz de averiguarlo, pero inclinó la cabeza con un gesto elegante y le despidió con un «buenos días».

Aquella noche, cuando Violet fue a ver a su señora antes de retirarse a dormir, la encontró extrañamente irritable. Desde la visita de Runcorn, estaba cada vez más inquieta.

Alisó el cubrecama sobre la delgada silueta de lady Halstead y susurró:

—¿Todavía está preocupada por ese dinero que ha aparecido en la cuenta? Estoy segura de que el señor Runcorn llegará al fondo de la cuestión.

Inclinándose hacia delante para permitir que Violet pudiera arreglarle el almohadón, lady Halstead soltó una exclamación de desprecio.

—Yo no tengo tanta confianza —después suspiró—. No, eso no es justo. La verdad es que confío en Runcorn & Son, probablemente, hasta confío más que el propio señor Runcorn. Y precisamente por eso no soy capaz de entender cómo es posible que esos pagos procedan de una inversión que les ha pasado desapercibida.

Se reclinó contra los almohadones ahuecados y miró a Violet a los ojos.

—Es posible que no lo sepa todo sobre finanzas, pero sé que ese tipo de inversiones están acompañadas de multitud de documentos: certificados, notificaciones, extractos bancarios... Si una inversión ha comenzado a dar beneficios, Runcorn y sus empleados lo sabrían. Se habrían dado cuenta y me habrían dado algún consejo. En el caso de que hubiéramos cambiado de representante, podría habersele pasado por alto, pero Runcorn & Son han sido nuestros asesores desde que regresamos a Inglaterra, y eso fue hace casi treinta años. Hugo jamás se habría olvidado de pedirle consejo sobre una inversión a Runcorn, de modo que... —Lady Halstead extendió las manos —, ¿de dónde puede proceder ese dinero?

—Yo me atrevería a decir que el señor Runcorn nos informará dentro de muy pocos días. Ya nos preocuparemos entonces de lo que haya encontrado. No necesitamos inquietarnos por adelantado.

Lady Halstead esbozó una mueca.

—Sin lugar a dudas, el fallecido señor Runcorn era un hombre sabio. Pero lo del dinero no es lo único extraño.

Al advertir cierta tristeza en los ojos de lady Halstead, Violet comprendió que había algo más que contribuía a la ansiedad de su señora.

—¿Qué otra cosa ha ocurrido?

La señora Halstead la miró como si se estuviera debatiendo entre revelarle o no algo que, era obvio, estaba deseando compartir. Después, apretó los labios e inclinó la cabeza hacia la cómoda.

—Tráeme la escribanía.

Violet obedeció. Cuando dejó la caja de cedro con la tapa inclinada a su lado, lady Halstead la abrió, rebuscó en su interior durante unos segundos y sacó la mano para sacar un papel doblado y cubierto de una apretada caligrafía.

–Esto llegó hace una semana. Todavía no sé qué hacer con ello.

Se interrumpió con la mirada fija en la carta que agarraba con sus dedos nudosos.

Pasó cerca de medio minuto hasta que Violet la urgió con amabilidad.

–Cuéntemelo. Si le parece preocupante, a lo mejor se me ocurre qué hacer al respecto.

Lady Halstead parpadeó, miró a Violet a los ojos y después sonrió.

–Por eso lo he mencionado. Sé que siempre estás dispuesta a hacer cuanto está en tu mano para mejorar las cosas –miró la carta, la guardó en la caja y cerró la tapa–. Es de la esposa del vicario que vive cerca de The Laurels, nuestra casa de campo. Aunque no he vuelto al pueblo desde que sir Hugo falleció y la casa ha estado cerrada durante todos estos años, intercambiamos cartas de vez en cuando. Me escribió para hablarme de los nuevos ocupantes de la casa que son, al parecer, muy reservados, y para preguntarme a quién le hemos alquilado la propiedad, o si la hemos vendido –lady Halstead miró a Violet a los ojos–. No he vendido la propiedad, y tampoco la he alquilado. Por lo que yo sé, la casa continúa cerrada. De modo que, ¿quién está viviendo allí y para qué está utilizando mi casa?

Violet le sostuvo a lady Halstead su ansiosa mirada. No tenía ninguna respuesta tranquilizadora para la pregunta de su señora.

Peor aún, no tenía ninguna manera fácil de encontrarla.

Al final, levantó la escribanía y la volvió a guardar en el último cajón de la cómoda. Se enderezó, se acercó de nuevo a la cama, alisó las sábanas y alargó la mano hacia la lámpara de la mesilla de noche. Antes de apagar la luz, miró a lady Halstead a los ojos.

–Déjeme pensar en ello y mañana por la mañana hablaremos sobre lo que vamos a hacer.

Lady Halstead apretó los labios, pero asintió. Cuando Violet giró la llave y la luz se apagó, cerró los ojos.

Satisfecha, Violet abandonó sigilosa la habitación. Haciendo todo tipo de conjeturas mientras le daba vueltas al misterio de la herencia de los Halstead, recorrió el pasillo a paso lento hasta llegar a su propia cama.

–He tomado una decisión.

Lady Halstead hizo el anuncio en el instante en el que Violet, acompañada por Tilly, la criada, cruzó la puerta del dormitorio a la mañana siguiente.

Violet corrió a abrir las cortinas, ayudó después a lady Halstead a sentarse y le ahuecó la almohada.

–Puede contármela mientras desayuna –le dijo sonriendo.

Cuando Tilly avanzó y dejó la bandeja en el regazo de lady Halstead, esta última hizo un gesto para que se retirara.

–No, eso te impediría desayunar y voy a requerir de tu ayuda para hacer lo que quiero. Y... –Agarró un ejemplar de *The Times* que Tilly había planchado, enrollado y dejado al lado de la bandeja– quiero hacer algunas averiguaciones primero.

Tranquilizada por el entusiasmo que iluminaba su rostro, Violet accedió.

–Muy bien. Regresaré en cuanto haya desayunado.

–Um –lady Halstead estaba ya ocupada, leyendo el periódico.

Violet se retiró, cerró la puerta y siguió a Tilly al piso de abajo.

Tilly se apartó de las escaleras y miró a Violet.

–Parece que vuelve a estar bien, no como durante estos últimos días.

Violet asintió.